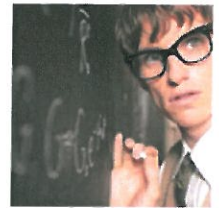


LA RAZÓN & más

Finde / 50-51

La teoría del Oscar

Con cinco candidaturas, que incluyen mejor película, actor y actriz, se estrena «La teoría del todo», el filme que retrata a uno de los científicos más fascinantes de nuestros días, Stephen Hawking



Muere José Luis Alvíte

«Me gustan las novelas cortas, las canciones amargas y las películas que acaban mal»



Cultura

Palabras como balas, tan certeras, tan directas las de Alvite. El colaborador de LA RAZÓN falleció ayer

El Savoy cierra

Javier Ors



Siempre pertenecerá al mundo halógeno de la noche, a esa raza encanallada que desayuna a las seis de la tarde y confunde el sol con las incandescentes bombillas que iluminan el tapete quemado del billar. Él sabía que, en el fondo, había más literatura en la máscara funeraria de Dillinger que en las obras completas de Flaubert. La biblioteca siempre le debió parecer un lugar apropiado para colocar el polvo que sobraba en el dormitorio. Un espacio más adecuado para arqueólogos con mascarilla que para el aliento agrio de los vivos. Su columnismo nunca nació de esa erudición artificial que saquea los diccionarios para escribir un artículo que no dice nada. Su escritura proviene del material invertebrado que es la madrugada, un territorio donde solamente tienen buena imagen los muchachos con mala fama.

Ahí comprendió que hay amores que cuestan lo mismo que un taxi a París y que una vida virtuosa resulta tan aséptica como un pasaporte sin sellos. Las horas perdidas en los bares sin horario le inocularon un filosófico escepticismo, una lejanía sentimental que a veces nos recuerda qué es la nostalgia. En esos tiempos aprendió a cargar las palabras con pólvora, a convertirlas en balas certeras. Por ese motivo, sus frases resuenan en nuestras acomodadas conciencias como el eco de un disparo inoportuno. «A los quince años el sexo me parecía pecado; a los cuarenta, me parecía un deber; ahora, sinceramente, me parece caro».

José Luis Alvite creció en esa posguerra de provincias que asoló España. Una época donde los niños merendaban saliva y el mejor alimento para la inteligencia era el hambre. En su acta de nacimiento reza 1949, pero él intuyó enseguida que las fechas biográficas sólo debían servir para humanizar el frío de las lápidas. A una edad temprana, un médico sin talento quiso arreglarle la nariz fracturada y, sin darse cuenta, le dejó en la cara el rostro de otro tipo. Su madre no protestó. Él tampoco levantó la voz contra ese otro chico que le miraba desde el espejo con sus mismos ojos. Se conformaron con sacar un par de fotos nuevas para el libro de familia y admitir a ese extraño como un hermanastro imprevisto.

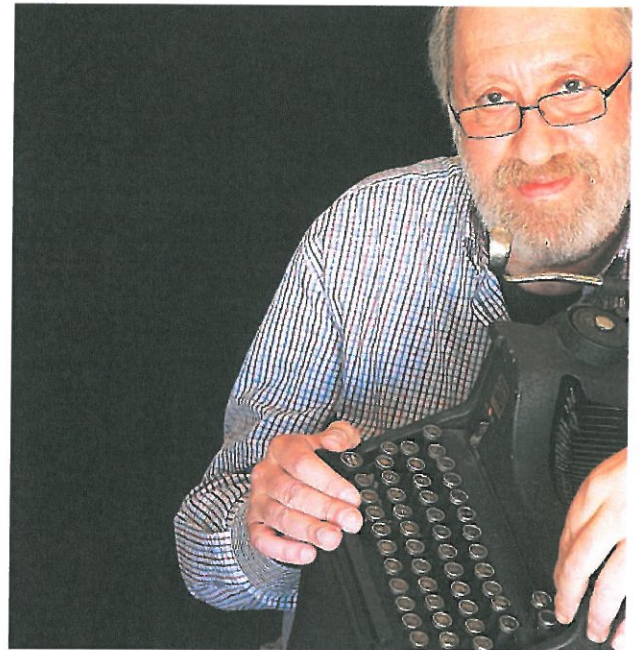
De aquella experiencia heredó un par de lecciones: que la personalidad proviene de las geometrías de lo

diferente y un rechazo frontal hacia la correcta belleza de los quirófanos, la higiénica uniformidad que los cirujanos inyectan hoy en día en los pómulos de las chicas. Su infancia pasó en una época rica en olores y sensaciones que ahora nos parecerían perjudiciales para la salud; en un tiempo en que los adolescentes arrastraban en la frente las huellas genéticas de los antepasados y cada mujer guardaba como un secreto el delicado encanto de sus diferencias. Su aparente pesimismo provenía de una mirada realista de la vida, de esa forma cinematográfica de contemplar la existencia con las penumbras y oscuridades de un salón de jazz. Y quizá, también, de la imposibilidad humana de alcanzar algún día la felicidad.

Cuando Hollywood levantó sus estudios en L.A., Humphrey Bogart perdió a un gran guionista. Las columnas de Alvite siempre han poseído la descarnada autenticidad del género policiaco, el mágico resplandor que envuelven a las películas en blanco y negro. Sus textos están impregnados con la luz bicolor de los filmes de los cincuenta y al leerlos da la impresión de que los estuviera masticando delante de ti el mismo Edward G. Robinson. «A veces la libertad consiste en pintar de azul el patio de la cárcel». Uno lo descubrió cuando sólo era un becario sin profesión en las páginas de «Diario 16». En aquellos artículos, Alvite descubría a sus lectores que el fracaso muchas veces consistía en triunfar y que todos los sueños pierden su encanto cuando empiezas a

acariciarlos con la yema de los dedos. El maestro, incluso se atrevió, en una serie de «entrevistas imaginarias», a sentarse delante de Adolf Hitler para demostrarnos a todos lo mismo que pensaba Bertolt Brecht: que ese tío sólo era un matón de tercera.

Nunca coincidimos en persona, pero sí hablamos por teléfono, y siempre quedábamos en tomar unas copas que nunca han llegado. A estas alturas, ya no se cree demasiado en nada, y mucho menos en un Dios rodeado por una corte de querubines asexuados. Probablemente la tumba no es más que otro callejón sin salida. Pero si existe un lugar más allá de esto espero que no sea azul y que se parezca más a El Savoy, un sitio donde el barman no se vea obligado a cerrar por orden municipal y las pistolas no sean más peligrosas que la sonrisa de una mujer. Un rincón donde recontramos con Ernie Loquasto, Chester Newman, Lorraine Webster y Sony «Sweet» Sullivan, aquel púgil noqueado al que tuvieron que hacer una cesárea en los ojos después de un combate para que pudiera llorar su derrota. Una barra donde, al fin, se puedan levantar las copas para brindar por algo.



Hasta siempre hermano

Alejandro Diéguez

Alvite es uno de esos tipo que, cuando te deja, te empobrece. Desde la primera copa en el Rahid, con otro amigo común, insustituible y también desaparecido, Luis Mariño, comprendí que compartir la genialidad ajena ayuda a sobrellevar la mediocridad reinante.

Da pudor escribir una columna sobre Alvite, en su territorio, la columna periodística

Un pluma privilegiada que nunca pudo sobrevivir mucho tiempo en ninguna redacción, Alvite merece figurar en la más reducida nómina de los más grandes columnistas de este país. Su particular personalidad le alejó de los foros que se supone que uno debe frecuentar si quiere darle relumbrón a su pluma. Empezó haciendo sucesos en El Correo Gallego y después se fue a La Voz de Galicia, pero fue en la última etapa de Diario 16 en donde lo descubrió Herrera, que lo llevó a sus

CONTADO POR ÉL MISMO:

«Lo malo de la vida en pareja es que con frecuencia se alcanza la compenetración sexual coincidiendo con el acuerdo de divorcio»

«A mi mujer, el suelo del periódico le parecía anticonceptivo»

«Si recuerdo con especial cariño a Kate Sinclair es porque siempre me fascinaron las mujeres que después de una noche de lujuria se ponen las gafas de leer para buscar las bragas»

por defunción

Gallego de nacimiento, con tinta de periodista y escritor en las venas, su bar de mil columnas se queda huérfano

Melancólico, periodista y mortal

Paco Reyero



Alvite había cogido un avión para ir a la Feria del Libro de Madrid, y la noticia, siendo grande había pasado desapercibida. El último golfo del artículo, cuyos viajes desde la Galicia del terruño a la capital se planificaban hasta entonces como si fueran en diligencia, se vio instado por las urgencias para ir a firmar ejemplares de «Lilas en un prado negro», una de sus entregas de alvitismo. La velocidad-alvite estaba marcada por los cartones de Ducados que debía fumar en el camino y una parada obligada en un pueblo de ninguna parte llamado Cerecinos del Campo. Eran sus liturgias, vayan ustedes a saber porqué. En Cerecinos del Campo, provincia de Zamora, había encontrado un aire inspirador para limar rencillas con su pasado. El trayecto completo, en coche, desde Santiago hasta Madrid puede rondar las cinco horas y media; a Alvite, que era una plusmarca, nunca le gustó hacerlo en menos de diez. El juego, para este grande tan ajeno a las glorias que caen fuera del folio, consistió siempre en retrasar la llegada: así deberían de ser las olimpiadas. Tal estilo, al ralentí, como empujado por sus cofrades, sus fieles nocturnos y la mitad de sus deimonios, estaba tan bien en el artículo diario con el que tantos años nos ha obsequiado en LA RAZÓN. Él, al que tuve ocasión de decirselo una noche en una terraza de Sevilla, era el mejor. Hizo como si no los escuchará y se zampó otra almeja de carril, antes de darle otra calada a un cigarrillo. Los elogios le parecieron una carta fuera de plazo. Su artículo era caro, siempre el resultado feliz de un parto que iba con retraso, como nacido en noche de tormenta. Autor de autores y también

de estrellas, al ser reclamado con su voz de nicotina para la radio de masas contestó: «Yo no puedo ir contigo porque soy un perdedor y en tu programa triunfaría por decreto». Obtuvo, de Carlos Herrera, la respuesta adecuada: «Vente a fracasar triunfando». Ante tal crochet de izquierda, se decidió a llevar la atmósfera del Savoy a la antena, que toda ella cabía en su timbre ronco, como de bandido de Fernández Flórez, y en un solo de saxofón en el que rugían los rascacielos de Manhattan. Sus partidarios, que son devotos indesmayables, tenían mucho interés en que alcanzara, al menos por cinco minutos, la gloria terrenal (unos premios, unos homenajes, yo qué sé). Pero entre tanto ahínco ajeno y solidario, él, empeñado en evitar traicionarse dejaba los contratos de los libros que publicaba sin firmar o se demoraba, meses, años, siglos, en entregar las facturas de sus colaboraciones en otros medios. Me dijo que el Savoy era un club hecho de retales de malas novelas, de flashes de películas de serie B, de estrofas de standards de jazz y de nombres robados a los títulos de créditos de cintas de Woody Allen (Emie Loquasto, por ejemplo, estaba sacado del apellido de un operario de Allen). No obstante, cualquiera que vaya de viaje a Nueva York, vendrá huérfano porque ese club sólo estaba en la imaginación gallega y deslumbrante de Alvite. A José Luis le podía viajar y explicaba muy bien que ese antro hipnótico de Norteamérica había sido posible porque él nunca había estado en Nueva York y, además, tampoco tenía intención de hacerlo para copiar del natural. Si hubiera viajado hasta allí, la visión literaria que nos emborrachaba estaría enferma de realidad. El Savoy que bulle en su cabeza estuvo, y ya estará por siempre, en el Corzo, un

club, un pub, un bar, un sótano del centro de Santiago de Compostela donde sus seguidores iban a abrazarlo de madrugada como se hace con el apóstol. Allí, en su lugar de la barra, acodado y trasegando, estaba él, escribiendo frases en el reverso de los posavasos de bebidas de marca con la única intención de halagar a las clientas. Gin-tonic a gin-tonic, de pie, siempre en el mismo espacio sin su nombre marcado pero de su propiedad, tanto que, al ser ocupado por algún no avisado, se escuchaba siempre la misma advertencia: «¿Me permite?», dicho así, enseñando educadamente la escritura. Alvite relampagueaba entre el artículo y el pluriempleo; periodista de sucesos para distintos periódicos locales gallegos y por las mañanas—algunas—trabajador de la banca. Un capo de las finanzas de la región lo llamó una vez para agradecerle unas líneas que él le había dedicado en el periódico el día anterior y él aprovechó la llamada para excusarse: «Hoy no iré al banco. Verá, no me encuentro muy bien». La verdad era que todavía no se había acostado, como tantas otras noches, que esperaba que la casa se despejara para poder alcanzar la cama sin dar mal ejemplo. A Alvite una vez le preguntaron por la noche de Santiago de Compostela. La noche compostelana, una vez leídos los textos, hoy de su legado, debía ser más intensa que la de Macao. Leyendo al maestro hasta la Santa Compañía debe parar, por allí, en los clubes de carretera. Pero su respuesta fue otra: «¿Qué como es la noche de Santiago? La noche de Santiago es oscura». Se decía melancólico, periodista y mortal.

P.D. Te pedí algunos artículos que no llegaron. No desespere. Quizá algún día vengan con el ritmo al que a ti te gustaba tomarte la vida.

A GOLPE DE TECLA. José Luis Alvite, aquí con una Olivetti en 2013, descubrió a sus lectores que el fracaso muchas veces consistía en triunfar

Pepe Ferrín

programas de Radio Nacional primero y de Onda Cero, hasta que la enfermedad llegó. Al tiempo, publicaba sus columnas en La Razón y en el Faro de Vigo. La fortaleza física y mental de Alvite han hecho larga esta enfermedad. La misma fortaleza que le permitía apurar las copas hasta que Suso cerraba "El Corzo" y compatibilizar su trabajo en la caja de ahorros con sus magistrales columnas. Las genialidades brotaban de su pluma con una naturalidad pasmosa. En

esta profesión de gente sería y políticamente correcta, José Luis era un extraterrestre. Su particular modo de vida y su brillantez fuera de lo común daban pie a la incomprensión de buena parte de sus jefes. Da pudor escribir una columna sobre Alvite, en su territorio, la columna periodística, sabiendo que uno nunca podrá estar a la altura de lo que él se merece. Juegas con ventaja, Al, tu pluma me apoca y tu muerte me agarrota. Hasta siempre, hermano.

«Sucede a veces que a la memoria le es más fácil retener las cosas que casi ni ocurrieron»

«Cuando uno está en el fondo del mar, muchacho, lo de menos es que el médico le haya prohibido la sab»

«En la ciudad en la que vivo, sólo algunas aceras pasaron en la calle más tiempo que yo»

«Tuvimos la suerte de pecar en gallego y de que la misa y el miedo estuviesen en latín»

Cultura

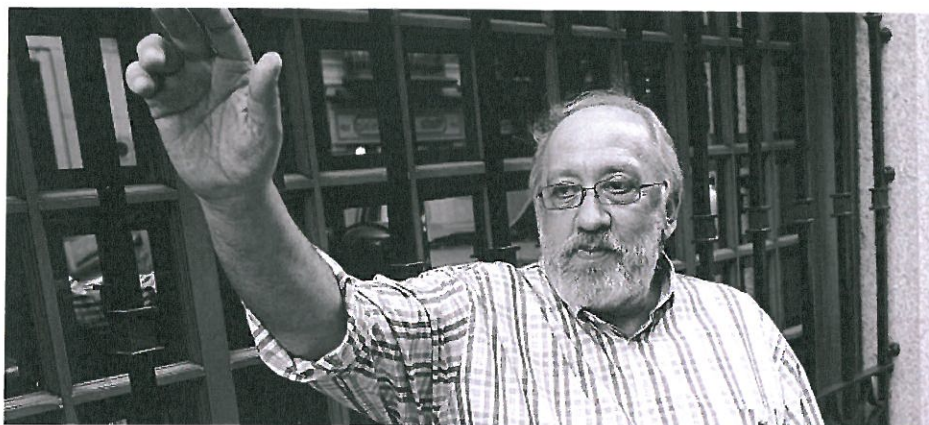
Artículo de despedida publicado el 26 de noviembre de 2013

Carta a Carlos Herrera

Querido Carlos Herrera: Por primera vez no puedo culpar de mi ausencia a la desidia, ni alegar que una monada ciega de Denver me salió al paso y sin motivo alguno se encaprichó conmigo. Tampoco me servirá de excusa la vieja historia de cuando era un niño muy delgado y el viento al azotar me levantaba del suelo y me cambiaba de acera, de raza y de familia. Esta vez es el cáncer, amigo Herrera, esa cosa que yo pensaba que en mi caso sólo podría ser una mancha que, puesto en lo peor, haría una metástasis como de tebeo en la tapicería del coche. Cáncer de colon y cáncer de pulmón.

Dos golpes en un solo mazazo. Fue algo desproporcionado, como encontrar un centollo en el interior de una almeja, pero, ¡qué demonios!, tantos años entre el humo del Savoy me enseñaron que la penumbra te salva del disgusto de que con la luz descubras que en la cola del piano no estaba sentada la mujer con la que contabas, sino el tipo impasible que viene a precintar las manos del pianista. Es una de esas veces en mi vida que la peor noticia no me la da Hacienda. ¡Qué quieres que te diga!, el caso es que lo he encajado sin pestañear, no porque sea un valiente, sino, sencillamente, porque siempre

supe que el mío en la vida sería un viaje en el que inesperadamente al tren se le acabarían por detrás el humo, y por delante, las vías. No sé, Carlos, amigo mío, ... estas cosas ocurren y seguro que tienen algún sentido. Dice mi oncólogo que «la situación es muy comprometida» y eso significa que mi buena suerte puede haber cambiado a peor y que la vida ya no me dará la siguiente patada en el culo apócrifo de otro hombre. No importa. Ojalá pueda volver a tu lado. Y si no vuelvo, por favor, piensa que fue sólo porque me empeñé en el estúpido sueño de llegar por ferrocarril a una ciudad sin tren.



Artículo publicado en LA RAZÓN el 9 de diciembre de 2013

Yeguada de ganglios

He sido siempre un teórico de la belleza femenina, el simple testigo fascinado por la gramática que suponen sus facciones en el rostro de una mujer, aunque reconozco que la encuentro más cautivadora cuando su geometría se descompone en movimientos, es decir, cuando en la quietud cristalizada de la gramática irrumpe la sintaxis, o sea, cuando Stanley Donen consigue que a Cyd Charisse se le desenfaden como frases esas piernas sedosas y larguísimas en las que ocurren juntos la coreografía, el erotismo y la onomatopeya del agua al vadear el río. No le encuentro mucho sentido a la belleza sin gesto,

que suele ser como una hoguera en la que las llamas estrangulan el fuego. Me sucede lo mismo al pensar en la foto fija de una manada de caballos —hermosos, pero tiosos— y evocar el viejo «western» fordiano en el que atravesaba el horizonte la sorda marimba de una carreta arrastrada sobre el tambor del polvo por un tiro de estilizadas cabalgaduras con las bridas tensas y el aliento en rama, algo que sobrevive en mis sienes con el trote elástico de lo que siempre me parece el recuerdo bautismal de cuando en el sólido granel de la geometría de Monument Valley irrumpía, como un bandoneón, una fértil sinalefa de yeguas, acaso las mis-

mas que aun ahora evocan aquellos de días mi niñez en los que me acostaba apenado por la idea de que el paisaje permaneciese toda la madrugada a la intemperie y el río se pasase la noche metido en el agua. ¡Belleza y sintaxis! A la hermosa Charisse no le cabían las piernas entre las caderas y el calzado, de modo que la gramática de sus proporciones necesitaba que alguien la redimiese del cautiverio con la prosa laxante de la coreografía. Por eso cuando miramos en su quietud las piernas vocabularias de Cyd Charisse, lo que esperamos es la cucaña sintáctica de ese paso de baile en el que vadean, como yeguas de cera, los ganglios de la belleza.

Un hombre libre

José María Marco



En estos días en los que se habla tanto de libertad de expresión, tenía que llegar la noticia, tan triste, del fallecimiento de José Luis Alvíte. Fue el mejor compañero de todos los que trabajamos en LA RAZÓN, y aquel cuyas columnas suscitaban siempre una expectación especial. Sabíamos cómo era Alvíte y de qué nos iba a hablar. Nos hablaría de sus amigos del Savoy: de Emie Loquasto, propietario del club, de Lorraine Webster, su gran estrella, del boxeador Sony Sullivan o de Chester Newman (Newman, ni más ni menos), cronista como su creador, que tocó todos los palos del periodismo, en particular el de sociedad, lo que antes se llamaba sucesos. Lo que no sabíamos nunca es que nueva aventura habrían vivido estos personajes que se habían convertido desde siempre en amigos nuestros: que

«Sólo quiso ser cronista, pero resultaría ser un moralista»

infortunio, qué aventura amorosa, qué conversación, qué recuerdos nos traerían. Alvíte tenía una capacidad de fabulación inagotable. Poseía el idioma castellano desde dentro, como muy pocos, sin el menor asomo de retórica. Por eso era capaz de condensar en unos cuantos conceptos puros, descarnados, sin abusar de las metáforas, lo que parecía la experiencia de toda una vida. Y de pronto, cuando habíamos terminado su columna —que era de las primeras cosas que muchos hacíamos al abrir este periódico, descubriríamos que eso que había imaginado iluminaba de una forma especial, con una combinación única de aspereza y ternura, una parte de nuestra propia vida. Alvíte, que sólo quiso ser un cronista, resultaría ser un moralista que daba sentido a unas vidas más reales que ninguna otra. Sus protagonistas, que estaban al cabo de todas las calles imaginables, no se cansaban nunca de descubrir la novedad de la vida, y nosotros aprendíamos cada mañana a agradecerle esa ingenuidad siempre renovada. Pocos autores tan profundamente libres ha tenido el periodismo español. Descanse en paz el que será siempre uno de los grandes.

«Hay sitios en la carretera en los que te pagarían aunque cantases como una alarma. No es un delito perder la voz, nena. Con la edad incluso se le seca la voz a los peces. Fíjate en el cine mudo, encanto. En el cine mudo subtítulan las canciones»

«Para aliviar mi remordimiento, lo que verdaderamente necesito es triplicar mis dosis de cinismo y de sal de frutas»